

# The Coastal Review: An Online Peer-reviewed Journal

---

Volume 1  
Issue 1 *Spring 2007*

Article 2

---

3-2007

## Federico Vidal, el espíritu ecuánime en *Los vencidos* de Antonio Ferres

Louis Bourne  
*Georgia College & State University*, [louis.bourne@gcsu.edu](mailto:louis.bourne@gcsu.edu)

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.georgiasouthern.edu/thecoastalreview>



Part of the [Spanish and Portuguese Language and Literature Commons](#)

---

### Recommended Citation

Bourne, Louis (2007) "Federico Vidal, el espíritu ecuánime en *Los vencidos* de Antonio Ferres," *The Coastal Review: An Online Peer-reviewed Journal*: Vol. 1: Iss. 1, Article 2.

DOI: 10.20429/cr.2007.010102

Available at: <https://digitalcommons.georgiasouthern.edu/thecoastalreview/vol1/iss1/2>

This article is brought to you for free and open access by the Journals at Georgia Southern Commons. It has been accepted for inclusion in *The Coastal Review: An Online Peer-reviewed Journal* by an authorized administrator of Georgia Southern Commons. For more information, please contact [digitalcommons@georgiasouthern.edu](mailto:digitalcommons@georgiasouthern.edu).

## Federico Vidal, el espíritu ecuánime en *Los vencidos* de Antonio Ferres

Louis Bourne  
Georgia College & State University  
Milledgeville, Georgia, USA

### Abstract

Antonio Ferres (Madrid, 1924), Spanish novelist who began publishing in the 1950s in the period of what has been called “social realism,” wrote *Los vencidos* in 1960 during a shorter period of about four years referred to as “critical realism,” but the novel was forbidden by the censor during the Franco dictatorship, came out in Italian in 1962 and in Spanish in France in 1965. Unjustly deprived of a general Spanish public until 2005, it tells the story of Asunción who searches for her husband only to find he was put to death by Spanish nationalists, Federico Vidal, an imprisoned doctor friend of the husband, who never loses faith that victors and vanquished will one day be reconciled, and Miguel, a fascist prison official who begins to learn, by Federico’s example, the emptiness of victory.

Antonio Ferres empezó su carrera literaria, ganando el Premio Sésamo de cuentos en Madrid el año 1954. Ha publicado una docena de novelas desde entonces. *La piqueta* (1959) fue la novela que le dio renombre. Agrupado con novelistas como Jesús López Pacheco, Armando López Salinas y Alfonso Grosso, Ferres, según Constantino Bértolo, practicó la novela de realismo social que tuvo su auge al principio de los años sesenta, posterior al “realismo crítico u objetivo” (1) establecido por nombres como Ignacio Aldecoa, Jesús Fernández Santos, Ana María Matute, García Hortelano y Sánchez Ferlosio.

Sin embargo, en un artículo sobre el realismo crítico, Ricardo Senabre invierte los nombres incluidos en los dos grupos. Evidentemente Aldecoa, Fernández Santos, Matute y Sánchez Ferlosio empezaron a publicar antes que el grupo de López Pacheco, López Salinas, Grosso y Ferres, y Senabre incluye a García Hortelano en el grupo del realismo crítico. Para Senabre, el primer grupo expone un realismo no sólo social sino también “testimonial” (3), “lírico” (4) y “objetivo” (5). Esta etapa anterior se transmuta “en realismo ‘crítico’, y la novela se concibe como un medio de denuncia y adquiere en ocasiones un acusado tinte político” (5). Como apunta Martínez Cachero en *La novela española entre 1936 y 1980* (172, Andrés Amorós concuerda con Senabre. Según Amorós, Sánchez Ferlosio, Matute, Fernández Santos, Aldecoa y Carmen Martín Gaité forman “un grupo homogéneo, de amigos, de formación universitaria, rebelde”, aunque no “politizado” (añade Martínez 172), mientras el grupo del realismo crítico “busca una concreta eficacia político-social, de denuncia” (9). El grupo crítico se extiende desde *Central eléctrica* (1958) de López Pacheco hasta *Dos días en setiembre* de José Manuel Caballero Bonald. Senabre ve el prematuro agotamiento del realismo crítico en 1962 con la publicación de *Tiempo de silencio* de Luis Martín-Santos cuyo lenguaje barroco deslumbrante destruye “muchas de las convenciones narrativas al uso” (13).

En 1960 Antonio Ferres escribió *Los vencidos*, novela sobre los sombríos años tras la victoria de las tropas nacionalistas de Francisco Franco en 1939. Aunque se tradujo al

francés, al italiano y al alemán, esta obra fue prohibida en España y ha tenido que esperar que llegara el año 2005 para ver su publicación dentro del país. Pablo Gil Casado en *La novela social española* cita “La novela y los novelistas españoles de hoy. Una encuesta” de F. Olmos García (120) en la que Ferres deja constancia de su realismo crítico: “La realidad española es bien fácil de ver. [...] Mi enfoque de la realidad puede ser, algunas veces, de denuncia de unas condiciones sociales y, quizá, llegue a ser, otras, compromiso frente a las fuerzas que quieren oscurecer esa realidad (presiones sociales, etc.)” (220). Antonio responde a la pregunta, “¿Qué servicio cree prestar a los hombres con su obra dentro del marco concreto de nuestra sociedad actual?” (212), y él apostilla, insinuando que además había dos públicos en el tiempo de Franco: “Puede que yo preste sólo un pequeño servicio a unos—a la mayoría—pero sí es casi seguro que yo no presto ningún servicio a los otros. Usted me entiende” (220). Ferres relata su retrato de la época franquista en *Memorias de un hombre perdido* (2002), y explica que “el miedo y la falta de valor para enfrentarse al poder era una condición generalizada entre los hombres [...]” (35).

La novela, *Los vencidos*, está escrita en un estilo casi esquemático, con una llaneza elocuente que rubrica los pocos eventos que describe en frases de sugerente sencillez y en diálogos que nos revelan las actitudes y los rasgos de sus personajes. La obra se divide en cuatro partes: “El derrotado,” “La cárcel,” “Sin saber cómo,” y “Canción de fe.” Presenta cuatro personajes principales: Antonio Blanco que traba amistad con Federico Vidal, médico, durante la Guerra Civil española; Asunción Blanco que abre la novela con la búsqueda de su marido en la prisión de Guadalupe al sur de Madrid; el joven Juanito que conoció de niño a Federico durante la guerra y que decide juntarse a los “maquis” o renegados de la guerra en las montañas; y el cuarto personaje, Miguel Armenteros, funcionario de la prisión, que debe ser triunfalista pero hace todo con poca o mala gana, afectado por el papel de celador de los prisioneros.

La esperanza de Asunción por encontrar a su marido vivo se quiebra al final de la segunda parte cuando se entera por Federico de que Antonio murió en el paredón. Al final de la cuarta parte de la obra, los presos se ilusionan con la idea de que los aliados vayan a librar España del yugo de Franco. Constantino Bértolo llama a estas dos facetas “una esperanza individual,” la de Asunción de encontrar vivo al marido, y “una esperanza colectiva” (3), la de la liberación, ambas fracasadas. Sin embargo, hay una segunda esperanza individual, la de Esperanza de hallar, en Federico, a otro hombre en su vida. Precisamente la actitud de Federico Vidal ante los vencedores aporta a los lectores un sentido auténtico de reconciliación. No sólo cura el brazo roto de Miguel, el funcionario nacionalista, y le hace reflexionar sobre la relatividad entre vencidos y vencedores, sino que también trasmite, como líder, esperanza a los jóvenes de la prisión y crea la ilusión de llegar a otro matrimonio en la mente de Asunción.

Según Rafael Conte, “Ignacio Soldevila afirma que Ferres no fue nunca un novelista ‘social’ en puridad, pues le impidió su neutralidad o excesivo ‘objetivismo’” (Conte 2). Si Conte declara que tales novelistas eran “más ‘socialistas’ o ‘marxistas’ que otra cosa” (2), Ferres, a través de Federico Vidal, defiende más bien los intereses sociales de la izquierda sin dogmatismos. Soldevila indica que “novela social” podría ser “novela

socialista,” ya que “bajo el término social se ocultó eufemísticamente durante la dictadura franquista la intención política de modificar la sociedad a través de la concienciación del lector a la injusticia social” (213). Dentro de la configuración de personajes representativos de una colectividad, Federico resulta ser el más profundo en cuanto a los efectos de la guerra en la gente a la vez que inspira mayor esperanza en las almas de los derrotados. Federico el médico se comprueba también como reanimador de espíritus y héroe de una futura reconciliación, principiando por su observación de que es en los chicos en quienes más se nota la guerra (51), pasando por la lección dada a Miguel, el funcionario, de que “Al final en España terminará entendiéndose la gente” (190), además de las palabras alentadoras con que anima al joven prisionero Álvaro: “Vendrá un mundo más bueno y más limpio. [...] ¿No crees?” (324).

En la primera parte de *Los vencidos*, “El derrotado,” el narrador presenta a Asunción buscando a su marido Antonio que no regresa a casa después de acabar la guerra. Como no sabe nada de su marido, se presenta a esta mujer como la encarnación de la angustia, obligada a buscar a su pareja en la España dividida entre los ganadores que guardan su identidad y los vencidos que pierden su situación familiar y quedan encarcelados sin que nadie sepa nada de su paradero. Una campesina identifica a Asunción como “maestra de Torrenoblejas” y a él simplemente como a “un rojo” (23). La identidad es absorbida por la afiliación política. En la siguiente escena, se presenta al secretario Antonio dejando a Asunción para correr inútilmente junto a otros de su pueblo en la provincia de Granada, huyendo hacia los montes con la precaución de evitar una captura. Muestra un retrato de la vida extenuada por la circunstancia de aparecer entre los perdedores, buscados como presas de caza.

En los capítulos II y III, se enfoca el argumento en la búsqueda que Asunción hace del andaluz Pablo Ruiz, habitante, como su marido y ella, del pueblo de Torrenoblejas en Granada, y nos enteramos de que Pablo no sabe nada de su marido desde que entraron los nacionales en Madrid hace ya cinco años. En cambio, en el capítulo IV, Ferrer retoma la vida de Antonio para que veamos la situación de la novela en dos tiempos, la dificultad del fugitivo hacia el final de la guerra, y la paciente esperanza y búsqueda de su esposo por parte de Asunción cinco años después de la guerra en el capítulo anterior. Pero este capítulo IV también sirve para fundamentar la amistad entre Antonio y Federico, el médico catalán, ya que ambos se encuentran en el tranvía y se van a la casa de Pablo Ruiz parcialmente en ruinas. Allí es donde conocerán otra importante figura de la novela, al niño Juanito, “hijo de Julia la aguadora” (55), los dos habiendo sido evacuados de la cárcel de Carabanchel. Como Juanito se jacta de haber cruzado la primera línea de fuego, Federico declara que la guerra tiene más impacto en los chicos: “Se les mete lo que ven en la misma masa de la sangre” (51). Con esta expresión, Federico asume un papel de intérprete y suaviza los efectos de la guerra en la novela.

Así en el capítulo V volvemos a la búsqueda que Asunción ha hecho para encontrar información sobre el paradero de Antonio en la misma casa donde se reunieron Antonio y Federico durante la guerra, según Maruja y su hija Merche, sus actuales

ocupantes. En seguida, la narrativa vuelve al final de la guerra cuando el chico Juanito y el médico se conocieron pues, según Merche, el joven “Hizo buenas migas con el catalán” (55). Es el comienzo de una amistad entre el mentor y el discípulo, que demostrará el efecto conciliador y educativo que tendrá Federico sobre Juanito, representante de la juventud española. En la siguiente escena, Juanito vuelve a ver a Federico pero en la fila de los prisioneros. Federico le da un reloj para lograr dinero y comida y poco tiempo después, Juanito y su abuelo van a visitar a Federico en la prisión, como sabemos por otra escena años después cuando Maruja está contándose a Asunción. La narrativa viene impulsada por la búsqueda del ausente Antonio. “¿Te acuerdas de él?” (67), le pregunta Asunción cuando llega a conocer Juanito, y un año antes, 1941, Federico pregunta lo mismo a Juanito, “¿Te acuerdas de Antonio [...]?” (71), y nos enteramos de que ambos prisioneros van a la prisión de Guadalquivir, Antonio con una condena “gorda” (71). El capítulo VII relata el viaje que Asunción hace a la cárcel, y los rumores de que un oficial que está en la taberna donde ella va es uno de “los malos” (77), don Miguel. Los personajes de Ferres tienden a pintar la oposición algo estereotípicamente como “los ricos” (159) que falsamente denuncian a dos campesinos en *Con las manos vacías*.

Fiel a la narración en dos tiempos, la historia vuelve a ocuparse de Federico y Antonio en la cárcel en el capítulo VIII que inicia la segunda parte nombrada “La cárcel.” Esencialmente esta sección nos indica que Antonio y Federico quedan separados, ya que el primero permanece entre las Pepas, entre los condenados a pena de muerte. Federico consigue un nuevo compañero de cárcel, Pedro Retamar, y los dos reciben la noticia del avance Nazi dentro de Rusia. Uno dice: “—Franco no habría ganado de no haber sido por los nazis y por Mussolini” (102). Podemos imaginar que sólo este comentario hubiese sido suficiente para que la censura franquista prohibiera la publicación de *Los vencidos*. Seguramente Franco no quería considerar que su victoria se debía a la ayuda extranjera. Dos observaciones de un artículo reciente en *El País*, “La compleja verdad de la Guerra Civil” (25 de marzo, 2006), indica la verdad de lo que Antonio Ferres escribe: “Frente a los 75,000 soldados italianos que lucharon en las filas franquistas, los brigadistas [Internacionales que tenía la República] fueron unos 35,000 hombres” (1). Además, “Hitler decidió darle todo el material bélico que le pidió a cambio de concesiones mineras,” y el artículo remata con el hecho de que la aviación de Franco “triplicaba la republicana” y “la artillería era muy superior en número y calidad de piezas” (2).

En el capítulo IX, Federico recibe la primera visita de su hermana Celia y Federico, él que cura, consuela a Celia por el asesinato de su madre: “No, no pienses en ello. No sufrió nada, nos lo han dicho. Ni se dio cuenta. Fue por detrás cuando se apeaba del coche en la puerta misma del cementerio” (106). Esta espeluznante revelación tiene su propia vida en la novela como una condena del régimen franquista. Se elimina a la madre cuando va al cementerio a rezar por sus muertos. Ella suma uno más.

En otra escena del mismo capítulo IX, Federico, en ausencia del médico de prisiones, trata la fractura del brazo del oficial de prisiones, don Miguel, la figura que presenta Ferres en el capítulo VII. Ferres no sólo desarrolla su narrativa en dos tiempos sino

que también nos permite ver a distintas figuras en el tiempo de Asunción o en el tiempo de Federico. Estos fragmentos de las vidas operan como si fueran teselas de un mosaico para rellenar los huecos de un cuadro, de una historia completa. Cuando el oficial protesta que a lo mejor Federico no sabe remediar la fractura del hueso, Federico establece su vocación como médico y, en cierto modo, su capacidad para curar moralmente a las personas tullidas de la novela: “Yo tengo que hacerlo [...] Lo mejor que sepa” (114). En los capítulos X y XI, Asunción llega a conocer a Celia, hermana de Federico, y la acompaña a la cárcel para conocer al amigo de Antonio, su marido. Entre el ruido de los visitantes y la oscuridad de la tela metálica que impedía ver a los prisioneros, Federico le dice a Asunción que fusilaron a su marido hace más de un año. Ella afronta la realidad de la pérdida de su marido igual que la joven Brígida pierde la esperanza de tener a su novio Braulio (233) al final de la novela siguiente, *Con las manos vacías* (1964). Así la figura de Antonio, objeto de búsqueda para Asunción, y hombre a quien hemos conocido fragmentariamente en *Los vencidos*, desaparece, otro muerto más con la madre de Federico. Celia le recuerda a Asunción lo que ya sabemos: “—A nuestra madre también le tocó, ¿sabe?” (126). Federico la aconseja que: “No se amilane” (127) y la dice que la escribirá y que tiene que “verla” (127). A Asunción “le parece que va a quedarse sola para siempre” (128), pero veremos como el resto de la novela se dedica a remediar esta terrible soledad.

Tal como Asunción pierde a su marido y Federico a su madre, don Miguel, el fascista, pierde a su padre al principio de la guerra. Son las tres figuras de la narración cuyas vidas están disminuidas por los asesinatos. Conocemos este último hecho cuando Miguel habla con la criada de su casa en el capítulo XII (138), comienzo de la tercera parte, “Sin saber cómo,” cuando Federico le indica a Miguel que sabe lo del asesinato de su padre en el XIV (164), y hacia el final de la obra, en el capítulo XXIX, cuando el cura indica que fue matado por “los rojos en el [año] 36. Simplemente porque se quedó en Madrid [...]” (322). Sin embargo, la perspectiva que importa es la de Federico: “Sé que asesinaron a su padre, pero no es culpa de los que están aquí” (164). El médico que arregla el brazo de Miguel también opera con su fuerza conciliadora para apaciguar los odios que inspira una lucha entre hermanos. En otro encuentro entre médico y paciente, Miguel declara que los presos deben sentirse contentos con las dificultades que los nazis tienen en Rusia, suponiendo que todos los presos deben odiar a los oficiales. Federico, no obstante, asegura “que la guerra no fue un asunto entre presos y funcionarios” y “Al final en España terminará entendiéndose la gente” (190). Para él sólo permanecen las ideas “que ayudan a la gente a avanzar y a superarse” y “los hombres terminan por reconciliarse y por convivir al menos” (190). Esta generosa y positiva actitud verifica que no hay victoriosos y vencidos pero sí hay una necesidad de comprensión. Lo que Miguel recibe de Federico es una lección moral parecida a la que recibe el cura don Pedro en la novela *Con las manos vacías* (1964) cuando se da cuenta de que el Alcalde de un pueblo de Cuenca está dispuesto a silenciar la carta de Pepillo, previamente considerado muerto por asesinato, después de que los dos campesinos, Crisanto y Braulio, sufran años en la prisión por el asesinato de Pepillo que no cometieron. Don Pedro siente que “ya no quedaba entre sus manos ni una brizna de lo que había creído durante años” (189). Obviamente, don Pedro sufre un momento de anagnórisis o reconocimiento en que le

queda clara la falsedad del juez, del médico y del alcalde, de los llamados “ricos” (223) que tuvieron que creer en “el salvajismo” (114, 159) de los humildes acusados para mantener una sociedad de clases y los prejuicios de los acomodados. Miguel no llega a ser tan empedernidamente clasista, pero también tiene su momento de agnición o reconocimiento de que los nacionalistas no tienen toda la razón. Por eso, “lo que más le molestaba era no saber cómo clasificar a Federico” (189), porque evidentemente empieza a entender la necesidad de una reconciliación colectiva.

Tal vez, por ser escrita inmediatamente después de *Los vencidos*, *Con las manos vacías* guarda varias semejanzas con la novela anterior. *Los vencidos* comienza con una mujer, Asunción, buscando a su marido, sólo para encontrar a la mitad de la novela, la desilusión producida por su fusilamiento. Sin embargo, el texto termina con la ilusión que experimenta ella ante la posibilidad de casarse con Federico. La innominada narradora de *Con las manos vacías*, empieza la recreación de la vida de su madre, la huérfana Brígida, ante el hecho del noviazgo con Braulio, aunque después él resulta ser uno de los dos acusados falsamente de la muerte de Pepillo. Ella pierde su virginidad en la relación con Braulio (125), pero durante el encarcelamiento de Braulio a la mitad de la novela, el hambre y la necesidad de dinero obligan a Brígida a prostituirse mientras mantiene la inocencia de su novio. Esta degeneración es análoga a la desilusión de Asunción de no hallar a su marido vivo. Finalmente, en el penúltimo capítulo 17, Brígida se acerca al cura don Pedro, con quien tendrá la hija natural sin nombre que narra la novela, montando en la misma tartana en que los dos escapan del pueblo de Osmilla. Brígida entonces comienza por resolver su vida de la misma manera que Asunción busca en *Los vencidos* su serenidad en la relación con Federico. Ambas novelas presentan a unos protagonistas que demuestran su calado moral y lo transmiten a otros, Federico, a sus compañeros de prisión y a Miguel; el cura don Pedro, a todos los habitantes del pueblo que aceptaron con excesiva pasividad las acusaciones falsas contra Crisanto y Braulio. A Miguel, “Lo que más le molestaba era no saber cómo clasificar a Federico” (189), precisamente porque la generosidad de incluir a todos en una reconciliación colectiva hace mella en su educación de tendencia nacionalista.

El efecto de esta lección hace que Miguel se vuelva más pensativo e introspectivo en la narración, y a pesar de que tiene una amada, Elena, una especie de indiferencia invade su espíritu: “Nota una desgana muy grande, como si nada le importara en absoluto” (202). La desgana que exhibe respecto a Elena (313) queda en claro contraste a la relación entre Federico y Asunción. También su ensimismamiento contrasta con la intolerancia de los amigos de Miguel, Eugenio, que amenaza a los protestantes (138), y Ernesto que insulta a un taxista tachándole de “rojo” (193). Este término sólo prolonga los resentimientos. Esparcidas a través de la tercera y cuarta partes de la obra hay reacciones de los presos ante las noticias de que las fuerzas aliadas empiezan a ganar la Segunda Guerra Mundial, como si esta derrota de los nazis vinculados con Franco pudiera afectar a la longevidad del régimen, aunque sabemos que vana fuera tal esperanza.

Mientras tanto, la vida de Asunción sigue en la casa de su amiga Concha del barrio de Lavapiés en Madrid y ella mantiene interés en el chico Juanito, según ella, porque tiene que ver con “la memoria” (159) de su marido. La reconstrucción del tejido social entre los vencidos llega a depender de los fuertes vínculos entre unos pocos. Asunción y Maruja van a ver a Juanito que trabaja en un garaje, aunque le gustaría o “ir [se...] de España o a la sierra” (176). Actúa como catalizador para esta huida el mecánico de otro taller, Maxi, que reúne a un grupo de jóvenes descontentos que están dispuestos a escapar al monte y formar los maquis, rebeldes del sistema político de Franco. Juanito declara: “Me voy a la sierra, con los amigos de Federico” (252), como si fuera el médico el aglutinante de una rebelión contra el régimen. Él sólo cuenta sus planes a Asunción. La tercera parte de la obra se cierra con la salida de esta valiente joven promesa de la sociedad de los vencidos y de la novela también. Más que un personaje matizado, parece el representante de un segmento social. Retratar una juventud intentando escapar del sistema tampoco debía ser del agrado del censor.

Otro hilo del tejido de *Los vencidos* sigue el ejemplo de Federico en la cárcel. Éste señala que “me arrimo a vosotros porque tengo fe en los jóvenes” (207). El resultado de esta confianza está en el tema de la cuarta parte, “Canción de fe,” puesto que los jóvenes presos deciden organizar una huelga de hambre que dura cinco o seis días. Uno de los oficiales de la prisión declara que “Están engallados con lo de la guerra europea, es lo que pasa” (292) y efectivamente Ferres les tiene a los presos relatando información sobre el avance de los aliados para crear un ambiente de contenida euforia por la derrota de los alemanes. Lo que los presos con sus acciones demuestran resulta ser una canción de esperanza sobre un futuro mejor, aunque ni sospechan en el año 1945 que les esperan treinta años más de dictadura. No obstante, esta lectura histórica de la novela de Ferres representa una ofrenda plenamente a contracorriente en los comienzos de la década del 60. España había devaluado la peseta en 1959, y entraron en el gobierno dos ministros del *Opus Dei* en 1957 con ideas más modernas de la economía. Como declara Juan Antonio Lacomba, “A partir de 1959, se pone en marcha un importante crecimiento económico, lleno de deficiencias, es verdad, pero innegable, como consecuencia de la serie de medidas que hace posible la apertura al exterior de la economía española” (258). Tal vez Antonio Ferres aprovechó esta relativa apertura del sistema para impregnar su novela con la fiebre aperturista entre los prisioneros en los años del final de la Segunda Guerra Mundial. En sus *Memorias de un hombre perdido*, comenta que él y sus amigos, a comienzos de los años cincuenta, como hijos de padres “autoritarios” de la guerra, odiaban “todas las dictaduras. Y pensábamos que el régimen de Franco debía desaparecer. Y casi todos ansiábamos una revolución que apenas podíamos definir” (54). La novela de Ferres termina con la actitud risueña de una ilusión. Comentando la huelga de presos, un oficial observa: “Esperan el triunfo de los aliados... Mañana es la libertad, piensan” (314), y uno de los presos se hace eco de esta caracterización del evento: “¡Ya queda poco!” (318).

Volviendo a Federico, el médico se ocupa de ver a Asunción cada vez que viene a visitarle su hermana, Celia, a la cárcel y él asegura que nadie debe preocuparse por Juanito porque “Ha hecho lo que tenía que hacer...” (307). Ferres quiere reunir las

rotas fibras de la sociedad española, uniendo en la esperanza a los representantes descritos, así, hablando del creciente interés entre Federico y Asunción, el primero declara a su amigo Pedro: “—Cuando salgamos de aquí, tendremos todos que rehacer nuestra vida” pero, con incombustible optimismo, expresa el fondo de su fe: “Vendrá un mundo más bueno y más limpio” (325). Asunción empieza a sonreír de nuevo, y una tarde andando desde la prisión al pueblo, ella se detiene al lado de una casa donde hay una madre y tres niños y “mira las lomas suaves, como con piel humana. Piensa que a lo mejor sólo la compasión le une a esta tierra” (345). Así la novela, que comenzó con el ansia, pavor y desplazamiento de Asunción, termina con su acto de dar un trozo de pan a un niño de poco más de dos años y su renovado espíritu de compasión que la confunde con el paisaje. Gil Casado critica *Los vencidos* por su “falta de acción” y “por la reincidencia en las actitudes de Miguel” (410) y de Federico, pero precisamente la meta de Ferres es demostrarnos que los vencidos no pierden la ilusión y los vencedores no viven satisfechos en un mundo sin libertad de acción durante la dictadura.

Antonio Ferres, autor de dos libros de andar y ver, *Caminando por las Hurdes* (1960), con Armando López Salinas (“obra de arte,” [437] según Gil Casado, y *Tierra de olivos* (1964), siguiendo la tradición del *Viaje a la alcarria* (1947) de Camilo José Cela y *Campos de Níjar* (1958) de Juan Goytisolo, sabe emplear el paisaje para reforzar y presentar la emoción humana. Al final de *La piqueta*, cuando las piquetas que destrozan la casa de Andrés aún suenan, Ferres describe “el desolado paisaje sin árboles, sobre los espacios grises donde la tierra no podía fermentar” (225). Se trata de los arrabales de Madrid donde “los pequeños poblados de casitas miserables se asomaban a las colinas, a las lomas suaves de los cerros” (225). Precisamente estas casitas humanizan la austera tierra madrileña que habitan, y así, al final de *Los Vencidos*, cuando “Asunción mira las lomas suaves, como con piel humana” (345), ella, con su emoción, humaniza unas mismas “lomas suaves,” aunque ya estén cerca de Guadalquivir. Cuando ella “piensa que a lo mejor sólo la compasión le une a esta tierra” (345), nos damos cuenta que Ferres está vinculando las casitas en el caso de *La piqueta*, y la protagonista femenina en el otro caso de *Los vencidos*, a la geografía mesetaria de la que proceden, permitiendo al empeño humano hacerse parte del fondo, el escenario geográfico donde vive y muere.

### Obras citadas

- Amorós, Andrés. "Notas para el estudio de la novela española actual (1939-1968)." The New Vida Hispánica XVI: 1 (spring 1968), 7-13.
- Bértolo, Constantino. "Crítica de libros: Los vencidos, de Antonio Ferres." Rebelión 22-05-2005. 30 octubre 2005  
<<http://www.rebelion.org/noticia.php?id=15298>>.
- Conte, Rafael. "Recuperando escenas de la derrota." *ELPAIS.com Babelia* 02-07-2005. 30 octubre 2005  
<[http://www.elpais.es/articulo/elpbabnar/20050702elpbabnar\\_2/Tes](http://www.elpais.es/articulo/elpbabnar/20050702elpbabnar_2/Tes)>.
- Ferres, Antonio, Armando López Salinas. Caminando por las Hurdes. 1964. Barcelona: Seix Barral, 1974.
- . "Con las manos vacías." 1964. Prólogo de Constantino Bértolo. Madrid: Viamonte, 2003.
- . La piqueta. 1959. Prólogo de Javier Afaya. Madrid: Viamonte, 2002.
- . Los vencidos. 1965. Madrid: Gadir, 2005.
- . Memorias de un hombre perdido. Madrid: Debate, 2002.
- . Tierra de olivos. 1964. Madrid: Gadir, 2004.
- Gil Casado, Pablo. La novela social española (1920-1971). Barcelona: Seix Barral, 1975.
- Lacomba, Juan Antonio. "La última historia de España (1939-1972)," en *Historia social de España siglo XX*. J. A. Lacomba, J. Velarde Fuertes, M. Tuñón de Lara, X. Tusell, J.-C. Mainer, J. M. <sup>a</sup> Gil Robles, R. Tamames, M. Ramírez Jiménez, Edward Malefakis, R. Salas Larrazabal, R. Martínez Cortiñas, Jorge de

Esteban, Félix Grande, J. M. Cuenca Toribio, y J. A. Carill Salcedo.

Madrid: Biblioteca Universitaria Guadiana, 1976.

Martínez Cachero, José María. La novela española entre 1936 y 1980: Historia de una aventura. Madrid: Castalia, 1985.

Olmos García, Francisco. "La novela y los novelistas españoles de hoy. Una encuesta." Cuadernos americanos (México) XXII: 4 (julio-agosto 1963), 211-237.

Rojo, José Andrés. "La compleja verdad de la Guerra Civil." ELPais.com. 25 - 03 - 2006. 26 marzo 2006

[<http://www.elpais.es/articulo/elpporcul/20060325elpepicul\\_1/Tes/cultura/compl\\_eja/verdad/>](http://www.elpais.es/articulo/elpporcul/20060325elpepicul_1/Tes/cultura/compl_eja/verdad/).

Senabre, Ricardo. "La novela del 'Realismo crítico.'" *Eidós* (Madrid) 34 (1971): 3-18.

Soldevila Durante, Ignacio. La novela desde 1936. Madrid: Alhambra, 1980.